
Relatoría de una asistencia a una asamblea comunal huichola

Abel García Guízar
Universidad Autónoma de Zacatecas

Era junio, tiempo de tormentas.

-¡A mí ningún indio pendejo me va a hacer esas chingaderas! Desde ahorita se los alvierto a todos aquí, en su asamblea: el cabrón que abra las trancas del espejo de agua se atiene a las consecuencias.

Hubo una automática crispación de dedos y de mandíbulas, de cuerpos como a la espera del zarpazo. Hubo también algunos rostros lívidos y otros impasibles, como acostumbrados a la humillación y al maltrato de cualquier vecino, pero con todo y eso, no parecía tratarse de un acontecimiento inusual en una asamblea de comuneros. Por tanto, las diferentes reacciones de los asambleístas muy probablemente tampoco eran distintas a las de ocasiones anteriores, de modo que aquellas nerviosas recurrencias de ciertas manos para palpar determinadas partes del cuerpo tranquilizaban, hasta cierto punto, por su lógica; así por lo menos se daba uno cuenta de cuáles cosas estaban, en verdad, dentro de lo posible.

Esta asamblea había sido promovida por Reyes Carrillo, presidente del Consejo de Vigilancia de los Comuneros de Ocotán. Durante una larga mañana nos habíamos estado tanteando mutuamente. Yo buscaba a alguno de esos pocos huicholes jóvenes con cualquier clase de formación más allá de la primaria, que estuviera enterado de las broncas cotidianas en su comuni-

dad y que quisiera hablar de ellas; él no quería soltar prenda hasta saber si existía alguna manera de aprovechar las gracias del licenciado.

Por ejemplo, yo le decía: -Fijate Reyes, que estuve aquí hace cosa de seis años, me interesaba mucho saber acerca del papel que han jugado los mestizos entre ustedes. Cuando le pregunté al padre Tori, me dijo tal cosa; Agustín me dijo una distinta, y Raymundo de la Cruz, otra que no se parecía a ninguna de las dos. Luego, algunas personas me despachaban con otras "de cabeza blanca", que porque sabían más que cualquiera, pero éstas me mandaban con otras "de cabeza más blanca", que porque sabían más que todos los anteriores juntos.

De todos modos, lo único que sí me aclararon unos y otros, y diríase que sin mucho batallar, fue que aquello que pensaban no me lo sabían expresar en castellano. Así que nomás les faltó mandarme a la tiznada, pero yo preferí acercarme a la Misión para que me indicaran qué huicholes podían ayudarme a traducir. Y me lo dijeron, sólo que cuando lograba pescar a alguno de los susodichos, y eso después de pastorearles media vida en sus jacales, siempre estaban a punto de salir dizque para allá o para acá a buscar coamil, fijate. De modo que todavía no sé cuál de aquéllas versiones fue la verdadera. ¿Tú que opinas de los mestizos, amigo Reyes? -¿Dices de hace seis años, amigo Abel?, respondía él, socarrón y todo ¿no? -Hace seis años nadie me busco pa' traducirte nada, fijate; de hace como tres años vino un gringo, nos preguntó cosas sobre nuestras fiestas y costumbres y sacó muchas fotografías. Luego supimos que todo eso lo metió en un libro con el que sacó sabe cuántos premios, pero nosotros no hemos sacado nada, fijate. E indagaba a su vez. -¿Tú qué clase de libro andas haciendo?

Y todo hacía suponer un interminable juego de astucias entre ambos. Así que resolví darle confianza para recibirla, adelantándole algunas de mis propias conclusiones, sobre todo aquellas que, según había advertido, podían coincidir con las de él. Acto seguido

le solté un rollo sobre el régimen jurídico de las propiedades que guarda el estado comunal; sobre la personalidad y la capacidad legales de los comuneros, y sobre por qué, entonces, las posesiones que ostentaban los mestizos en Ocotán eran, conforme a los mecanismos de su creación, inexistentes de pleno derecho, etc., a todo lo cual Reyes iba diciendo que sí y que sí con la cabeza, pero como si nomás me estuviera tanteando. Y fue entonces cuando pilló al licenciado en plena orgía jurídica. Con un aire entre divertido y condescendiente me planteó un problemilla, cosa de nada, aseguró.

Como casi siempre, se trataba de un mestizo de Huajimic que acababa de invadir con un hato de ochenta y tantas cabezas los llanitos de la mesa. Pero no conforme con esto, había puesto trancas al acceso del espejo de agua al que baja a beber el escaso ganado de los indígenas para que nomás el suyo lo hiciera. Este mestizo, joven prepotente y al parecer muy decidido a cumplir sus amenazas, había estado toda una tarde bebiendo tequila en compañía de Agustín, dos o tres días antes de meter sus animales, por tanto se presumía la existencia de cualquier papel firmado por el representante.

-A tí, le dije, como presidente del Consejo de Vigilancia ¿te gustaría limpiarte con ese papel, Reyes? -Pos bueno, pos...se supone que para eso estoy... -¿Para limpiarte?, le dije con toda la intención de que se riera.

Y cuando en efecto soltó la carcajada, supe por fin que tarde o temprano me iba a decir lo que sabía, pero por lo pronto había que poner primero el hombro. Le dije que si yo fuera él, llamaría a una asamblea de comuneros para el domingo, en la cual se rectificara o anulara lo que, suponíamos, había autorizado Agustín, supuesto que aquel acto adolecía de nulidad en la medida en que se abusó de las facultades atribuidas por la legislación a la totalidad de los derechohabientes.

-Pero el que llama a juntas es Agustín, objetó. -Tú estás obligado a vigilar que esas cosas se hagan bien ¿no es cierto?, repliqué, por lo tanto también estás obligado a procurar que se corrijan cuando, acaso, se

han estado haciendo mal. -Sí, dijo, pero..., la costumbre... tú sabes.

Empecé a creer que Reyes traía no pocos miedos. Pero también sabía que él se iba a quedar aquí, expuesto a las posibles represalias, mientras que yo no tardaba en regresar a mi cubículo calmosamente académico. Sin embargo, me tomé la libertad de levantar un poquitín la voz.

-¡La costumbre vale mientras no haya una ley que diga lo contrario!, aseguré, ¿no lo sabías? No, Reyes no lo sabía. -¿Y si no vienen?, dijo desconfiando hasta de su sombra. -Vendrán, contesté muy seguro.

Y maldita sea si lo estaba.

-Si nos movemos bien y les queda claro hasta donde pueden disponer del punto, dí que ya están aquí. -¿Tú crees?, dijo.

-Como si lo estuviera viendo, dije. Maldito pedante.

Luego resolví. -Los domingos baja la gente ¿no?, tenemos tres días, ¿quien más puede ayudarnos? -Pues está Casimiro, meditó, y están los dos Inacios...- Y Julio, completé, si entre los seis monigotes no podemos armar una triste asamblea extraordinaria, estamos sonados. -Bueno, concedió al fin Reyes, a ver si de veras no resulta una asamblea muy triste. Y salió en busca de Casimiro y de los Ignacios.

La forma en que los huicholes hacen "grilla" entre sus compañeros no es muy semejante, que digamos, a las bizantinas negociaciones, suspicacias y fraternales mezquinidades que se estilan en otros medios, incluyendo el universitario. Uno veía a un Casimiro o a un Reyes, jamás descompuestos o histriónicos, convenciendo a otros huicholes con dos o tres imágenes esenciales y eficientes, y unos cuantos signos vagos de las manos que se diluían en el aire, pero nunca antes de quedar suficientemente impresos en las pupilas del escuchante-veedor.

Parecían tener algo de mágico aquellos tranquilos desplazamientos, envolventes como brazos, pero no se trataba de alucinaciones, sino de un estilo secular que

se vale más de claves con una profunda dimensión plástico-histórica que del interminable retoricar.

Y puesto que yo no sabría hacer otro tanto, me seguí ateniendo a las truculencias que reza la plana aprendida en nuestra propia "grilla". Sugerí entonces la conveniencia de provocar la presión sobre los anhelos de Agustín de perpetuarse como representante de bienes comunales, para que en la asamblea que preparábamos prefiriera renunciar a su presumible componenda con el ganadero, y así poder imponer una solución que, si negociada bien, equivaliera a un triunfo comunero inobjetable para que los huicholes recuperaran la confianza en su instancia de decisión por excelencia: la asamblea general de comuneros.

¿Pero de qué manera producir esa presión? Nos aprovecharíamos de sus broncas con Faustino para obligarlo a "hacer populismo". "¿Pepulismo"?, saltó Casimiro. En la torre, pensé. Les expliqué lo que, según yo, era el maldito populismo, y cómo nos serviríamos de eso para amarrarle las manos a Agustín, estableciendo acuerdos más perdurables sobre el asunto de los pastos.

¿Y qué tenían que ver las broncas de ellos con la asamblea?

Según eso, si lográbamos que Faustino se manifestara "más comunero que Agustín", a éste no le iba a gustar nadita el que su hermano le quisiera "comer el mandado" y, por no quedarse atrás, tal vez prefiriera sacrificar una relación personal en vísperas de las elecciones de agosto. Pero en cualquier caso, ambos quedarían bien encuerados: Faustino por afurismo, y Agustín porque, a no dudarlo, el mestizo, en su empeño por que se le cumpliera el trato, no se iba a quedar callado y descubriría las tranzas de aquél. Al parecer el problema se reducía, ahora, a "saber hablar con Faustino".

Desde hacía más de veinte años, Faustino era prácticamente un apestado al que no de muy buena gana se le dirigía la palabra en Ocotán, debido a su pasado de "traidor y abigato". ¿Quién lo abordaría? Evidente-

mente, algo iba a sospechar, fuera quien fuera el que le ofreciera involucrarse de nuevo en la solución de los problemas comunales. Pero Faustino me había manifestado, hacía dos o tres días, la necesidad de “tumbar” a Agustín como representante. Se los dije, y que incluso dizque me había pedido mi opinión.

-Pos entons' yo me creo, intervino Casimiro, que el más propio es usted licenciado. -¿No nos estábamos ya hablando de tú, Casimiro?, sígueme entonces hablando así. -Por eso; que tú, licenciado, eres... -No Casimiro, tampoco me hables de licenciado. ¿Que ya no somos amigos? -¡Cómo!, se alarmó, ¿no que habías estudiado pa' licenciado? -Sí Casimiro, pero te aseguro que estoy arrepentido... digo... o sea...

Y a Reyes íbale como en fandango con los apuros ajenos.

-Y entons', ¿cómo te decimos, licenciado? -Pues... ¿qué te parece amigo? -¡Adió!, si para eso no se estudia, tú. -Pues entonces dime como me llamo... mientras tanto. -Tá bien, pues, convino al fin. Y luego, volviéndose a sus compañeros. -Que yo me creo que aquí mi amigo como se llame mientras tanto...

Y Reyes, de pachanga.

-Pos eso mismo; que es como el más propio para hablar con Faustino. Que porque como “aquí el licenciado mientras tanto” anda hecho la mocha sonsaqueando gente, Faustino no se ciscaría si le vas a preguntar unas que otras cositas para dizque completar la “intrivistas”. Luego, me supongo que entre pregunta y pregunta..., “tú ya sábados en domingos ¿no?”

Y como si les hubieran quitado un insoportable peso de encima, los demás manifestaron al instante su adhesión inobjetable al punto de vista de Casimiro. Entonces yo me puse a repasar algunos buscapiés de la aprendida plana para cuando me encontrara con Faustino. Lo agarré en su corral, el sábado por la mañana. Estaba filoso el tipo: -Buen día, Faustino, dije. -Igual te digo, contestó

Por la tarde tuvimos los últimos acuerdos. Se informó que Agustín había intentado posponer la asam-

blea para el siguiente domingo o a ver cuándo, que porque había que avisar a los ranchos: -Se ha estado avisando, dijo Reyes. Que porque el mestizo debía estar presente. -Estará, dijo Casimiro, y si no, peor para él. Que porque a lo mejor algunos fuereños se pensaban proparar. -No lo harán, volvió a decir Reyes, pero no se te olvide que también el que metió el ganado es fuereño.

Pero, por si acaso, acordamos que yo no hablaría si no era necesaria alguna opinión legal que nos "convenenciera". Por su parte, Reyes, Casimiro y los demás procurarían expresarse en "castechol", por así decirlo. -¿Por así decirlo?, se me cabreó Casimiro. -Bueno... tú sabes; que le revuelvan para no dejarme tan de a tiro "desplanetado". Y Reyes seguía de regocijo.

Eran como inexpresivo redondel de semblantes empotrados en un tiempo inverosímil. Como si se hubiera echado encima todo el iniciático hieratismo de sus dioses profanados. Nada los conmovía. No los agitaba nada. Ninguna emoción les quebrantaba el ceño. Pero estaban ahí, hostigados por una originaria sed de desagravios que Reyes, Casimiro y los Ignacios les habían hecho insoportable en pocos días, acaso en tan sólo algunas horas. Muchos incluso habían concurrido con la idea inaugural de un modesto ajuste de cuentas. Y como la venganza se cocina en frío para saborearse helada, ni las torrenceras de sudor que por sus rostros y cuellos descendían los perturbaban.

-Vinimos porque supimos, inició Agustín.

Y continuó exponiendo el punto importante del día, la mayor parte de ello en huichol. Esto me hizo buscar algún guiño, algún barrunto de algo en el rostro de los otros "conjurados". Pero como no hubo tal, me contenté con seguir observando la composición de la asamblea.

Rompiendo el círculo inmóvil, por fuera del cobertizo llamado calihuey, estaban los media-sangres y mestizos, y entre éstos, el ganadero de marras y un amigo del que más bien pocos manifestaban trazas de

conocer. También estaba el ingeniero responsable del proyecto de campo de las siempre maltrechas cooperativas rurales, que porque deseaba plantear un asunto general, dijo.

Casi a partir del “vinimos porque supimos” de Agustín, aquéllo fue para mi una inexplicable rotación de borucas y mutismos de la cual, si es que algo pesqué, todo quedó sujeto a posterior revisión. Yo mismo salí como atravesado por una incómoda sensación de provisionalidad. Sólo hasta tres días después, y mediante las oportunas confirmaciones y rectificaciones del sonriente Reyes, conseguí armar un libérrima versión de cuanto, sobre poco más o menos, se dijo y desdijo ahí en huichol, castellano y... “castechol”.

Que si había sabido de otro vecino que acababa de meter su ganado a los llanos de la mesa, dijo Reyes que dijo Agustín; que al parecer lo había hecho sin permiso de nadie, y que si alguno de los presentes conocía, había visto o estaba viendo al hombre de quien se hablaba, tenía permiso para señalarlo con el dedo.

Al instante todos los rostros se aplicaron a escudriñar los lejanos desorientaderos de la cordillera, como si vigilara cada cual, desde su lugarcito en la asamblea, a una tal vez inexistente vaca de su propiedad. Empero, como si se tratara de una concertación automática y hasta cierto punto reverente, un pulgar decrepito y unos ojos implacables permanecieron fijos sobre aquél en el que sin lugar a dudas tenían que estar. Eran el dedo y los ojos de Antonio Carrillo, un ex-gobernador huichol de Cohamiata y Ocotán de cuando estas comunidades aún permanecían unidas. En ese momento, Antonio era la cabeza más blanca de la asamblea y, por tanto, se le confirió el derecho de señalar. Luego también se oyó su voz: -Yo 'staba de gobernador, y luego ya vinieron estos y nos agarraron.

Dijo “estos” de manera general, como para dimensionar históricamente el problema concreto que los ocupaba.

-Por migo vino este Quiño, siguió diciendo, ¿se acuerdan de este Quiño? No, ustedes estaban asinita y

él se murió desde antes. Vino y me dijo que no sé qué y que no sé qué, entonces mi gente me dijo: ve y dile esto y lo otro. Fuí y se lo dije. Y entonces él me llevo en amarradas, ya les digo, me hicieron cosas y me quitaron la varita de mandar, y luego ya pasó lo que pasó, según se ve, como si no fuéramos nosotros los que nacimos aquí desde un principio.

Para los huicholes, estas palabras no sólo fueron tan contundentes como un mazazo bien plantado, sino algo tan obvio que descalificaba de antemano a quien, acaso, osara rebatirlas, y lo descalificaba hasta lo ridículo, a juzgar por la puntiaguda risita que no se molestaban en verter del todo.

Pero otra era, desde luego, la opinión del mestizo, quien mandando de paseo a la exquisita solemnidad nativa, resolvió calentar de golpe la asamblea.

Dijo que él no iba a permitir que ningún "vetarro" le apuntara con el dedo, que porque él no era perro; que él no tenía la culpa si el tal Quiño hizo o no hizo lo que dicen que hizo, pero que, además, a él eso le importaba una pura chingada, que porque él estaba ahí para saber, de una buena vez, quiénes eran los hombrecitos que pensaban sacarle sus animales de los pastos y no para oír las "jeremiadas" de nadie: ay, que me hicieron esto y me hicieron esto otro, y luego me quitaron mi varita de pendejo.

¡Ah, la necedad supina del mestizo!, los desplantes que para éste sólo son actos confirmatorios de su *estar ahí*, suficiente, fundamentado y sostenido por datos exteriores y prosaicos. El tamaño de una voz, la eficacia de una guarnición en la cintura son, para el indígena, como entrarle a saco y con las navajas por delante a ese recinto de intangibles y grávidas latencias donde guarda el remanente personal de sus memorias ofendidas.

Hasta Agustín se sintió su tantito ultrajado, y como muchos cargaban su machete, y sus manos ya comenzaban a revolotear con fervor de pájaros embravecidos hacia la mitad de cada cuerpo, el mismo Agustín hubo

de instrumentar el difícil trance de retirarle algunos leñitos al fogón. No fuera siendo el diablo.

-No vinimos a antagonizar, aseguró, vinimos a "convenenciar". -Vinimos a lo que vinimos, interrumpió uno de los Ignacios, ya otros dirán lo que eso abarca.

Y un amortiguado murmullo arropó generoso, inobjetable, el sentido apocalíptico y profundo de sus palabras. -Ansina es, se oyó.

Indicador tan implacable de la solidaridad por tanto tiempo maniatada, puso a temblar a Agustín por un momento, luego se recobró.

-Que no, que no, dijo, y dio un violento saltito sobre la piedra en que se sentaba. Que todavía anoche Reyes le había asegurado que no habría ningún "desgarriate" en la asamblea; que por eso él había "convenencido" en asistir, pero que si las cosas se pensaban desmadrar más por donde iban, él y el representante de bienes comunales mejor se retiraban a asolear su maicito, que al cabo sin sus avenencias ningún acuerdo que tomaran sería reconocido en la Delegación Agraria de Tepic, y que el asunto del ganado ya se arreglaría en otra ocasión, cuando les mandaran guardias armados de La Yesca.

Veinte años de experiencia lidiando con su pequeño poder, eso exultaba Agustín por todos los poros. Entonces se levantó sacudiéndose el pantalón con aire de logrero, como diciendo: ¿saben qué?, háganle como quieran; e inició el desplante, al parecer irrevocable, de abandonar la junta. Y detrás de él, triunfantes y todo, el supuesto incriminado de invasión y su amigo que pocos daban trazas de conocer.

Entre tanto, la asamblea naufragaba. Como si una mano hubiera pasado sobre una pila de naranjas arrancándoles la cáscara, así la impotencia había despojado de su suntuosa risita a la galería de rostros.

-Sí, dijo Reyes a Agustín, quien parecía estar a punto de irse, yo dije que no habría desgarrate, pero tú también prometiste que el otro tampoco se iba a alebrestar.

Salvo por la burla de "el otro", la observación de

Reyes no fue tomada propiamente en cuenta. Entonces resolví que tal vez ya fuera pertinente decir algo. Y ya soltaba con entera libertad mi musa para que metiera la pata, cuando un ademán inequívoco de Casimiro paró en seco mi carrerita.

-Bueno, se oyó a cambio la voz del amigo Julio, si a mí me dejan hablar, nomás para que te acuerdes, Agustín, que el ingeniero pidió permiso para tratar un asunto general. -No, terció el ingeniero más bien poco entusiasmado, si nomás era sobre la cooperativa, pero si no se puede... -Cuando haya quien nos guarde el orden ¿sí, ingeniero?, dijo Agustín. -Pero yo sí quiero aclarar una cosa, insistió el amigo Julio, es sobre el cerco que conseguimos para el ojo de agua. -Cuando tengamos vigilancia, doctor, dijo, ahora en huichol el representante de bienes comunales, será hasta entonces, ¿sí, doctor?

Y orondo dio media vuelta, mientras los rostros de los comuneros se fueron velando con un sombrío manto de silencio, como preguntándose: pero, ¿qué nos está pasando?, ¿por qué nos quedamos callados?

En ese momento tuve la sensación de que alguien me miraba con tanta insistencia que, habiendo conseguido incomodarme, fue preciso que alzara la cabeza para indagar. No me pareció que alguien me estuviera observando. Y sin embargo, la sugestión no cesó.

A todo esto, Agustín no terminaba por fin de irse porque, a decir verdad, eso era lo último que deseaba en aquel momento. El sabía que una sola súplica sería pretexto suficiente para regresar diciendo: esto se hace así, esto asá y sanseacabó, y la canija fascinación de imponer una vez más su voluntad a sus semejantes lo embargaba, como un banquete de leche y miel, por adelantado.

Entonces volví la cabeza para quitarme la tentación, y sí, ahí estaban los ojos del otro Ignacio que se me habían prendido como brasas a la nuca. Parecían reclamarme algo a lo que yo me habría comprometido y, acto continuo, hizo una ligerísima indicación con la barbilla hacia el lugar donde se encontraba Faustino.

¿Faustino?, pensé. Y de golpe recordé aquello de hacer presión sobre Agustín poniéndole alitas a su hermano. Claro, me dije, veneno contra veneno. Y me acerqué a Faustino, según yo muy quitado de la pena.

-Entonces qué, le dije mientras miraba infinitamente el horizonte, dizque para disimular. -¿Dices de...?, dijo. -De eso mismo, dije. -Sí, pero ¿cómo? -Tú sabes cómo, le contesté.

Y como lo siguiera sintiendo indeciso agregué, como si me valiera madre: -A lo mejor ni te interesa que tus gentes te vuelvan a apreciar. Y me retiré de él. ¿Qué mas podía hacer si ni siquiera estaba seguro de todo lo que habían estado diciendo?

De modo que cuando Agustín estaba ya despidiéndose de saludo y toda la cosa, puesto que siempre sí había resuelto retirarse, debió de sentir algo así como un hilacho de agua helada bajándole por la espalda al escuchar la odiada voz de la última persona que, tal vez, en ese momento hubiera esperado oír.

Porque cuando Faustino dijo a sus espaldas que lo dejaran ir, que al cabo él también había sido representante, ¿se acordaban?, y que por lo tanto sabía muy bien cómo se arreglaban aquellos asuntos sin tener que pedirle chiche a nadie, a Agustín se le fue el color, se le vino otro y se empezó a volver lentísimamente, como si de pronto se le hubieran enmohecido las coyunturas de los huesos, o como si dentro de él se estuviera efectuando una lucha a muerte entre el sostener su anterior determinación o el dar marcha atrás, pero con la posibilidad aún de poder manejar la asamblea.

Con el regreso de Agustín, los comuneros se dieron cuenta de dos cosas: que el ganadero no iba a salir tan bien librado como suponía y, lo mas trascendental, que bajo determinadas circunstancias era posible disciplinar a las individualidades o prescindir de ellas. El único inconveniente de la imprevista enseñanza era que ésta se había fundado en una feliz combinación de astucias, ¿pero quien los salvaría después de los astutos?

En términos convencionales, Agustín era mejor

“político” que su medio hermano; más frío, más cara-dura y asimilaba mejor los reveses inesperados, llegando a ofrecer estos últimos como la prueba irrefutable de que, después de todo, él conservaba la razón. -Ahí esta, dijo sentándose en su piedrita, se los decía desde un principio que no veníamos a antagonizar.

Y se quedó tan fresco. Pero Faustino tampoco pensaba soltar la pieza ahora que sentía empezar a tenerla de nuevo. Así que ya desatado, dijo que según la ley, los huicholitos podían desconocer por mayoría a su representante cuando éste no hiciera respetar cabalmente los bienes de la comunidad, a lo cual respondió Agustín que si les estaba hablando del respeto que él les tuvo cuando había sido el representante. Que por qué lo decía, dijo el otro, que si le sabía algo o nomás hablaba por hablar. No, respondió Agustín, que él nomás lo decía por si saltaba alguna liebre, que porque que él recordara, no a todos en aquel pueblo se les conocía de traidores y abigeos. Ni de bandidos, tronó Faustino, que porque mientras Agustín hablaba y hablaba “de otros tiempos”, él, Faustino, estaba hablando de ahorita mismo, y que para empezar, les explicara lo que había hecho con los diez millones de pesos que recibió por la madera secundaria.¹ -¿Diez?, respingó Agustín todo azorado. -Dizque diez, tú.

Y cuando se dio cuenta de que su sorpresa equivalía a una redonda confesión, ya era demasiado tarde; todos los ojos se habían vuelto hacia él como puñales.

-El dinero está en el banco, arguyó como disculpa, pero con la triste convicción de que había vuelto a meter las cuatro, porque ahora tenía que hacer entrega de él. -Y eso no es todo, siguió robando cámara Faustino. El todavía no comprendía por qué Agustín no les había informado sobre dos depósitos de dinero hechos por Nacional Financiera, en Tepic, a nombre de la comunidad; el primero era del día... déjenme ver, ahorita mismo se los digo, dijo. Y se tardó esculcándose una bolsa de su camisa. En la madre, pensé.

Cinco días atrás, yo había consultado aquellos datos en una carpeta de la cual Agustín se quedó con

1. Desde fines de los setenta se inició la construcción de una carretera que, desde Nayarit, tocara las regiones madereras de la sierra. Todavía para finales de 1985, Nacional Financiera mantenía contratos de explotación maderera con varias comunidades. La Empresa Maderera Industrial de Nayarit S. A., estaba facultada para extraer de los bosques ocotenses 16 mil metros cúbicos de pino y 5 mil de encino, pudiendo permanecer dos años con dos contratos anuales.

las ganas de sustraerlos antes. Durante la plática del sábado se los mostré a Faustino, según eso para que utilizara la información “de la manera más conveniente”. El no iba a perder la ocasión de quemar con ella a su hermano. Pero como se guardó el papelito, ahora estaba a punto de quemar también al instigador.

-Uno es del día 4 de junio de 1985, deletreó profesor Faustino, y es por 259 mil pesos; el otro, también de junio, es del día 13, y ampara un millón 901 mil pesos.

Y mostró el papelito a la asamblea con estudiada ostentación. Después hubo ocasión de reclamarle su “imprudencia”. Le dije que seguramente alguien reconoció enseguida el papelito. Entonces el me miró plétorico de satisfacción:- No, me contestó, no fue imprudencia, fue para asegurarme de que entre ese alguien y tú no vaya a haber entendimiento.

¡Pa su mecha!, me dejaría perplejo; estos “grillos” de la montaña están buenos para prestarle su lumbrita al diablo.

Después seguiría reflexionando que la jugadita llevaba más malicia de la que mostraba su ya pícara apariencia: evitarme entendimientos con quien fuera no tenía sentido, puesto que yo no tardaba en irme por donde había llegado, pero todos sabían con qué personas y posiciones había congeniado casi desde que llegamos a la sierra, por tanto, la verdadera ganancia de Faustino era la de asegurarse evitar cualquier acuerdo, por muy peregrino que sonara de momento, entre Reyes, Casimiro, los Ignacios, etc., y el sempiterno Agustín durante las ya cercanas elecciones.

Pero por lo pronto, mientras Faustino pendonaba feliz su papelito frente al redondel de caras entre escépticas y desconcertadas, se me ocurrió que aquella mañana él estaba decidido a salir de pérdida en hombros. Y como maldita la gracia que esto me hizo, sobre todo tomando en cuenta la animadita que yo le había dado para que se desatara, me acerqué a Reyes y a Casimiro para decirles que si bien Faustino había dado buena cuenta de Agustín, como queríamos, la tirada no

había sido para que se dejaran comer también ellos el mandado. Pero una vez más el lento era precisamente yo.

-También yo me creo, estaba ya diciendo Casimiro, que aquí vinimos en principalmente a lo que vinimos, y no a meternos en corajes de entre hermanos.

Las cosas, pues, volvían a estar como al principio o casi; porque ahora sí pudieron precisarse posiciones. Uno de los Ignacios dijo al momento que claro, la Junta era para resolver el problema del ganado dañero, y si se pudiera enderezar alguna otra cosilla pos..., agregó. Entonces el mestizo le "alvirtió" que él tenía un papel que lo amparaba y que a lo único que él había ido era a dar parte a quienes lo quisieran entender que más les valía dejar en paz a su ganado.

En aquel momento, Faustino se puso de pie, para contradecir, dijo, y propuso que para qué andarse por las ramas, que lo que "deberíamos hacer todos nosotros, los huicholitos" era ir de inmediato a sacar de "nuestros pastos" todo el ganado ajeno.

-¡Hazlo tú, hijo de tu chingada madre, tronó el mestizo, ¿para qué quieres vejigas que te arrastren?

Y como nadie pareció estar dispuesto a dar la cara por Faustino, éste dijo algunas palabras bastantes menos concretas y más bien incoherentes, mientras, al mismo tiempo que reducía progresivamente el volumen de su voz, se engarruñaba hasta quedar otra vez en cuclillas y azorado.

-¿Quién te dio ese papel?, rompió Reyes el silencio. -Pos..., vaciló el mestizo entre la deslealtad y la arrogancia, es cosa que a nadie le importa, se resolvió por último.

Se le exigió que lo mostrara a la asamblea. Dijo que no le daba la gana y que se conformaran con saber que lo había firmado alguien que podía hacerlo para que tuviera fuerza.

Faustino ya no exigió. Agustín se hacía chiquito chiquito. Y así, entre negativas altaneras y mentadas de madre, continuó la cosa por un buen rato, hasta que algunos le empezaron a hacer ¡chit, chit!, porque allá en el fondo del calihuey, Antonio Carrillo llevaba

2. Quiño, en su tiempo inmisericorde y obstinado instrumento del jefe policiaco Petronilo Muñoz, "el Nieto", sigue siendo desde su tumba, perdida según rumores en algún lugar de la cordillera (otros dicen que está vivo), una angustiada pesadilla que aún hace retorcerse de dolor a varios ancianos. Ellos siguen volteando y volteando para atrás, como si alguien los siguiera. Antonio Carrillo describe su recuerdo como una lumbré "que te va haciendo ceniza todo adentro"

mucho tiempo con el dedo levantado, y se hizo, de golpe, otro reverente silencio.

Empezó a hablar sin bajar el dedo y sin dejar de contemplar sus pies descalzos. Dijo que él estaba de gobernador, y luego ya habían venido estos y los habían agarrado, que por él había venido este Quiño, ¿se acordaban de este Quiño?, a él se le hacía que no, que porque, como seguramente ya lo sabían, el tal Quiño...² -¡Eso ya lo dijo!, atajó el mestizo, metiendo la pata por segunda vez en un mismo sentido. Todos los asistentes se sintieron injuriados con la nueva interrupción al hombre anciano, y así lo hicieron saber reposando las manos sobre sus machetes, como diciendo: bueno, ¿qué tú no entiendes?"

-Digo..., reculó algo mosqueado el otro, por si quería decir alguna otra cosilla... -Como que sí, aclaró Antonio, y siguió.

La cosilla era que los animales no tenían ninguna culpa, pero de todas maneras, el pasto que se habían comido y el que cargaban en el buche, ese sí debía pagarlo el dueño antes de cualquier otro arreglo que pudiera caminar, con acuerdo de la gente, a partir de ahí mismito. Y también quería decir que en pagando eso, se le podría rentar algo de potrero por los tres meses que el ganado necesitaba para su abundancia, porque como los animales no tenían ninguna culpa, ellos qué culpa tenían, pero lo que él estaba pensando era que el precio debía ser más arriba de como se cobraba así nomás, porque aparte de que el alimento no era lo mismo en febrero o en marzo que en el tiempo de las tormentas, los dueños de ganado necesitaban ir aprendiendo que primero se pide permiso y después, si la gente está de acuerdo, se hace un trato por cada cabeza, aunque los animales no tuvieran ninguna culpa.

Y como si hubiera estado hablando con el puro dedo, apenas lo bajó se volvió a quedar callado.

Todavía el mestizo se defendió diciendo que pero él sí tenía permiso, que ya lo había demostrado con aquel papel que les decía, ¿que más querían? -Nada, dijo Reyes, pero que si se aceptaba la "pensuliada" de

don Antonio, todavía le faltaba pagar los tres meses por adelantado.

Y entonces sí que el otro ya no se pudo controlar; se fue poniendo morado de coraje como esos sapos que se inflan y ¡plaf! Dijo que se fueran todos al carajo, si no hallaban más adonde, ¿acaso él estaba cagando dinero para mantener a tanto “güevón”? , estaban muy equivocados ¿vieron? Por otro lado, él sólo se atendería a lo que decidiera el representante porque era el único que le merecía respeto de toda aquella bola de cabrones.

Y lo que son las cosas, ¿no?, Agustín no lo pensó dos veces para devorar, agradecido, la alusión que lo reciclaba en la asamblea. ¿Sería justo sacar el ganado aquí del señor, como propuso alguno para quedar bien parado?; él creía que no, porque como bien lo había dicho don Antonio, ¿qué culpa tenían los pobres animales. ¡Eso!, celebró el mestizo.

Pero claro, él, Agustín, era el primer interesado en que se respetaran la reglamentación de pastos y los índices de agostadero, así como el cobro de los 130 pesos que habían acordado por cada animal ajeno: -Pero, Agustín..., se descontroló el mestizo. Por lo tanto, su propuesta era que se le cobraran cincuenta pesos por animal en consideración a que aquel señor sí había asistido “a pedir permiso a la asamblea”, no como otros... -¿Qué pasa, Agustín?, se dolió el mestizo. -Luego hablamos, compadre. Que por eso a él la propuesta de don Antonio le parecía pero muy buena. -Yo te digo 300, se vio el dedo de Antonio sobresalir de entre los sentados. Por eso, que a él le parecía una buena propuesta, menos en lo de los 300; que había que ser mas considerados porque, a ver, ¿que culpa tenían los pobres animales?

-Yo también creo que 300, dijo un Ignacio. -Y yo, lo secundó el otro. Enseguida se desato un “¡Y yo, y yo, y yo”, que en medio minuto se convirtió en un solo “de acuerdo”.

Una comisión iría a verificar el número de cabezas y quedaría al pendiente de recibir la cantidad resultante

al otro día. En caso contrario, arrearía el ganado, menos tres cabezas, hasta más allá de las tierras comunales.

-Yo propongo, aprovechó para decir el amigo Julio, que la comisión quite de una vez las trancas para que pase a abrevar todo el ganado sediento. -¡Me opongo, proclamó el mestizo, mis animales tienen derecho a no morir de sed. -Los de nosotros también, dijo el hermano de Julio, y desde mucho antes que los tuyos. -Date de santos que eres renco, que si no te partía la madre ahorita mismo, lo amenazó el mestizo, así que mejor te callas, y ustedes también se aguantan, agregó mirando a los demás, para eso les voy a pagar hasta la risa. -Nos vas a pagar el pasto y el agua, ¿pero las ofensas cuándo?, preguntó Reyes. -Cuando encuentre un hombrecito que me las venga a cobrar, respondió.

Y enseguida agregó aquello de que a él ningún indio pendejo le iba a hacer aquellas chingaderas, que desde ahorita mismo se los alvertía a todos ahí, en su asamblea: el cabrón que abriera las trancas del espejo de agua se atendería a las consecuencias.

Y cuando ya el hermano de Julio se levantaba con todo el semblante de “¡renco, renco pero no manco, hijo de la tal!”, y otros detrás de él como diciendo: “vamos contigo, manito”, se movilizaron como dos resortes Agustín (“tranquilo, compadre, no la peine que es pelona”), y un Ignacio (“no nos la traguemos verde que nos puede dar chorrillo”), para mellarles el filito a los rijosos, mientras ya Casimiro estaba diciendo que él se creía que la ley “alguito” debió suponer para estos casos. Era una lastima que nadie por ahí le inteligiera a tales enredos para que les echara un canillazo, ¿que le ibamos a hacer?... ¡pero oye, espérate; fijate nomás, qué suerte, ¿cómo no se le había ocurrido? Y luego, mirándome de reojo, siguió diciendo que él se creía que aquí “el licenciado mientras tanto” (Reyes se trago una súbita risotada como un hueso de mango), digo, que aquí el amigo licenciado no se negará a facilitarnos una opinión, si no se hace del rogar.

Yo, por supuesto, no me hice del rogar; y si la

opinión no resultó muy juriconsulta que digamos, por lo menos hizo que se me quitara lo trabado que andaba de coraje. Desde luego, si la asamblea lo tenía a bien, yo estaba dispuesto a presentar una acusación formal ante el ministerio público de La Yesca en contra del mestizo, por los delitos de injurias, amenazas, despojo, daño en propiedad ajena, robo de fluidos “y algún otro que resulte por ahí”. Les expliqué, según yo, por qué se tipificaba cada uno de ellos, y claro, enseguida tuve que explicarles lo que era la tipificación; pero que mientras lo tuvieran o no a bien, ¿qué diría don Sixto si los viera dejándose humillar de aquella forma?... El pobre se habría de estar retorciendo en su cajón.³ ¿Qué no sabían que la máxima autoridad para disponer de los bienes agrarios de la comunidad lo era la propia asamblea de comuneros, y que lo que ella decidiera legítimamente eso se hacía o deshacía, pesárale a quien le pesare? El artículo 27 de la Constitución, etc., etc., la Ley Federal de Reforma Agraria, etc. etc., y la Ley Federal de Tierras y Aguas, etc., ¿de quién eran, pues, aquella tierra y aquel ojo de agua?, ¿cuál era su temor, entonces?

En fin, que la propuesta de don Antonio, complementada con lo que dijeron Reyes y Julio era, tal vez, lo que podía lograrse por lo pronto, pero siempre que estuvieran dispuestos a hacerla respetar en este y en todos los casos posteriores, por lo que era preferible que los acuerdos quedaran por escrito. En la Misión podían prestarnos una máquina.

Dos años después seguía recordando las tormentas y recordaba que a una semana de la asamblea, el mestizo no había pagado nada a los huicholes; ellos lo habían esperado un día... y otro día... y de alguna parte les había llegado a éstos una amenaza para que no tocaran los animales de aquél. Y recordaba también que, convencido de mi inutilidad romántica, me vi precisado a salir de la montaña. Entonces me puse a escribir estos recuerdos, los que, según los tiempos que corren y lo que le acaba de pasar al 27 constitucional, ya son viejas historias premodernas.

3. Sixto Velázquez, *Marakamee* (curandero) y tozudo líder histórico de la lucha agraria de Cohamiata y Ocotán, encabezó, a principios de los años cincuenta y mediados de los sesenta, sendas rebeliones en contra de toda suerte de invasores y alambradores, primer y segundo pasos para el despojo de sus tierras comunales. De manera que siempre fue considerado como el verdadero obstáculo para la ambición privatizadora y ganaderil de mediasangres y mestizos. Obstáculo al fin removido en la madrugada del jueves 28 de septiembre de 1978 al ser asesinado por un mediasangre de Ocotán.